

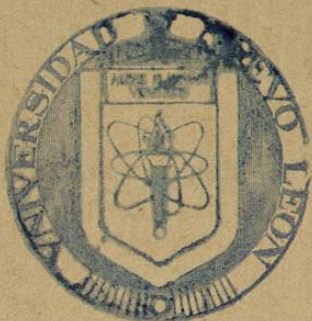
P07297

C77

1889

V-24

t. 2



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CAPITULO I.

EN EL CUAL SE DAN AL LECTOR
ALGUNAS RECETAS
ÚTILES.

EL comedor de Solares era á la vez recámara, y contenía más objetos de los que en sí podía contener una pieza destinada á dos importantes objetos.

El aumento de convidâdos determinó la emigración de varios chicos, que establecieron sus reales en una cama.

Los dos hijos de Solares, Miguel y Laura,

disfrutaron el honor de comer pan á manteles, mientras que los otros cuatro y el rorro se diseminaron en campestre confusión.

Isabel tenía las trazas de esas mujeres hacendosas y que viven en un completo trajín: media envuelta en un rebozo, sobre el que caían dos grandes trenzas negras, iba, venía, daba órdenes á la criada única de la casa, completaba el servicio de mesa con los trastos finos, que salían sólo en las ocasiones solemnes; hacía platos y, diligente é infatigable, estaba en todos los pormenores de aquella comida de familia, en la que Isabel lo hacía todo menos comer.

Solares presidía en la mesa, á sus lados comían Tostado y Cisneros, quienes comenzaron á devorar la sopa de pan con un refinamiento digno de mejor causa.

El servicio de mesa, que era una verdadera colección de objetos etereogéneos, estaba revelando que todos aquellos utensilios, habían ido siendo en el transcurso de algunos años, importantes adquisiciones como las de un museo arqueológico.

El platito dorado que perteneció á una vajilla de fantasía, el ternito azul regalo de la vecina de enfrente; tres platitos blancos, cambiados hacía un año por dos pantalones de Solares, dos vasos que Isabel tenía de su propia hacienda, y algunos otros trastos verdes, amarillos y jaspeados, acababan de completar la colección.

En materia de vasos, había uno muy verde, una copa grande rota en una orgía y vuelta al servicio con la intervención de un hojalatero.

En todo se notaba esa incesante lucha de la miseria pasiva y resignada, para procurarse las pequeñas comodidades de la vida.

Tostado y Cisneros empuñaban cada uno con verdadera devoción su cuchara, una cuchara amarilla, y endeble, pero humeante de sopa más comfortable que cualquiera otra en aquellos momentos.

Solares dió otras dos copitas de catalán á sus amigos, quienes no opusieron la menor objeción á este servicio, por más que el catalán no sustituyera con ventaja el je-

rez de sobre la sopa: la conformidad de Cisneros y Tostado era tanto mas explicable cuanto que no había jerez ni otra cosa.

Isabel estaba asumiendo un mundo de pequeñas consideraciones, de pequeños detalles, que para los demás pasaban desapercibidos; había en el trabajo mental de Isabel algo tan milagroso como los cinco panes; pero no desperdiciaba circunstancia, y de esa manera iba saliendo adelante de su complicada situación.

Corta fué la comida, y poco nutritiva, pero suficiente á calmar las famélicas inquietudes de aquellos estómagos connaturalizados con la dieta y la abstinencia.

Eso, y algunas copitas más de catalán acabaron de difundir el bienestar en la mesa.

Dos de los hijitos de Solares roían juntos un hueso y otro había levantado el campo, recogiendo por botín una ración de pan con frijoles.

Tostado no había dejado ni migajas, y Cisneros que vizcaba del ojo izquierdo, tenía el derecho mas reluciente que de costumbre.

Como un acontecimiento extraordinario en aquella casa, Isabel dió á los convidados de Solares la agradable sorpresa de servirles café.

—¡Oh! comadre, exclamó Tostado, usted merece bien de la patria.

—Porqué compadre? preguntó Isabel que sabía mejor que nadie la causa de aquel agasajo.

—Por que nos va usted á dar cafecito, dijo Tostado, arrimándose un vaso ordinario que tenía delante y poniéndole una de las cucharas amarillas de oropel de que hemos hablado.

Cisneros siguió el movimiento de su compañero, apoderándose del vaso verde.

Isabel que había ido á la cocina, volvió con una jarra llena de café, é iba á llenar los vasos, pero al faltar la tercera parte, dijeron Tostado y Cisneros.

—Basta.

Palabra que en la cortesía de la mesa se traduce generalmente en estos términos:

—Esto es demasiado para mí, me encuen-

tro satisfecho, soy de poco comer, como ya solamente por ceremonia, es usted muy amable, etc., etc.

Pero en el presente caso aquel «*basta*» quería decir esto:

El resto lo voy á llenar con catalán.

Efectivamente, aquel café quedó después convertido en un ponche capaz de derribar á un marinero.

La felicidad de aquellos tres amigos había llegado á su apogeo.

El café es el amigo de la tristeza, de la miseria y del hambre; es el inspirador por excelencia, y, mezclado con aguardiente, forma una bebida de transacción, de un precio inestimable en ciertas circunstancias y para ciertas gentes.

El café de las bajas regiones difiere mucho del moka del salón.

El café de la casa de Solares, era una infusión no químicamente filtrada; la ciencia no había tomado mucha parte en extraer la cafeína con un calor de 90 grados, ni el aparato filtrador de que Isabel se valiera,

tenía las condiciones necesarias á esta preparación, supuesto que el tal aparato había consistido en un simple jarro, pero á Tostado, á Cisneros y á Solares, les pareció muy bueno el café, y excelente después de mezclado con el aguardiente de Cataluña.

Los muchachos fueron desapareciendo é Isabel, conocedora de las situaciones, desapareció también, porque comprendió que todos los grandes negocios que han trastornado el mundo, han sido concebidos delante de una taza de café de sobremesa.

A todo convidado se le puede perdonar el silencio durante la comida, pero á la hora del café se le exige expansión.

Este animal tan superior que se llama el hombre, con todo y la inmortalidad de su espíritu, necesita complacer á la fiera de su estómago y buscar un excitante para los nervios cerebrales, á fin de discurrir mejor ó para hacer algo de provecho.

¿Qué golpe de estado sería posible si el Maquiavelo que lo medita no contara previamente con un buen cocinero?

¿Sois político? aspirais, quereis remover una sociedad, quereis conseguir un gran resultado, necesitais voluntades, y amigos, y sectarios y cómplices?

Preparad algunos botes de trufas, haced redactar en bárbaro al mas habil cocinero francés un *menú* de marearse.

¿Sois amante? ¿deseais que vuestras prendas personales, que vuestro talento, que vuestra pasión venzan las resistencias del pudor, del deber, de la honra, de la virtud? Exhibíos al través de un vaso, aglomerad trufas, setas y mañonesas, cooperad á que se verifique el fenómeno milagroso de los gases y de las influencias químicas que llegan á hacer de un tonto un pensador y de una virtud una catástrofe.

Recurrid á los milagros del vino cuando querais que esas máquinas pensadoras que se llaman hombres y mujeres, acaben por hacer alguna cosa estupenda.

Los que llamais fría á la razón, calentadla.

Los que llamais frío al cálculo, atemperadlo con ponche de Kirsch.

¿Necesitais un hombre? conspirad contra su organismo material, envenenadle haciéndole ver que Porraz es muy buen cocinero, é irá y se dejará envenenar.

Habladle de lo que no os importa á la hora de la sopa, pero habladle de vuestro negocio á los postres y copa en mano.

Y bendeciréis en seguida el brebaje de la civilización, al contemplar que el elemento «espíritu», suele hacer sus transacciones con el hipogástrico, previos los fenómenos de la digestión, de la nutrición y de la excitación cerebral.

De manera que si pasados los postres reservarais vuestro asunto para la hora del marasmo y del estrago de la convivialidad, os expondrías á perder asunto y banquete.

Probablemente la negra honrilla de vuestro hombre habría comenzado á despertar medio asfixiada entre el gas carbónico del banquete, y seríais hombre al agua.

Por eso antes de Noé no hay explicación ni disculpa posible.

Pero de las uvas acá, encontramos con

facilidad la clave de todas las grandes mantanzas, y de todas las grandes atrocidades, y nos explicamos desde la toma de Babilonia hasta el plan de la Noria, desde las notas medias de un bajo enclenque, hasta el valor de Calibán.

¡Calibán! Escapóse á nuestra pluma este nombre, á riesgo de que nuestros lectores de Bocubirito ó del Bolsón de Mapimí, no nos comprendan; y como en materia de lectores no abogamos, como en otras cosas, por las distinciones, vamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores de Bocubirito.

Calibán es un niño con talento de hombre, estudia, escribe, y se ríe; gesticula horrorosamente, y se burla hasta de sí mismo, se llama Gustavo A. Baz y se ha bautizado á sí propio con el nombre de un mónstruo.

Es hijo del señor don Juan José Baz, una de las personas mas conocidas en México.

Calibán vive en México, y es necesario que así sea, por que es ya un rasgo fisionómico de nuestra sociedad: cuando Calibán

no está en un grupo, no falta quien pregunte por él.

Decíamos que por medio de la teoría de la influencia alcohólica, nos explicaríamos, entre otras cosas, el valor de Calibán.

Vamos á probarlo con datos que él mismo nos ha ministrado.

Acaba Calibán de recorrer el trayecto del ferrocarril de México á Veracruz invitado por Mr. Gibbs. Este paseo es bien marcial y tiene sus puntas de aventurado.

Los convidados llegan á verse formal y cortesmente invitados á atravesar el paso de Infiernillo, que es un canto de roca de un pié de ancho, al borde de un abismo.

Pues bien, Calibán pasó, como una hormiga á lo largo del filo de una espada, y tuvo valor según él dice, porque la cortesía de los anfitriones llega al punto de darle cognac al que va á pasar, pues según es fama en aquellos precipicios, el cognac da valor.

Calibán afirma que esto es cierto y aconseja á sus amigos el cognac como un específico contra el miedo.

Afortunadamente Calibán no pasa precipicios sinó de tarde en tarde.

Terminada esta digresión, volvamos á la sobremesa de la casa de Solares.

Segun hemos visto, Tostado, Cisneros y Solares se sentían bien; atravesaban por uno de esos momentos indemnizadores en los que parece que recibimos un secreto refuerzo de vida y de esperanza.



Desmenuzó Solares ante sus amigos todos sus proyectos, se pusieron á discusión y fueron aprobados por mayoría absoluta de votos.

—Ese es ya un negocio en la bolsa, dijo Tostado.

—¿Usted lo cree así, compadre?

—Ciegamente.

—Entonces, prorrumpió Solares, yo sé quién será la niña el día de Santa Isabel, que ya está cerca.

Como Isabel estaba cerca también apareció apenas oyó pronunciar su nombre.

—Prepárate hijita, le dijo Solares en medio de una expansión conyugal, de que Isabel se sorprendió agradablemente.

—¿Para qué?

—Para la fiesta del día de tu santo.

Le brillaron mucho los ojos á Isabel.

Tostado parpadeó, como si le hubieran pasado un cerillo por los ojos.

Y el ojo de Cisneros se dilató, como al contacto de la belladona.

—Pero.... articuló Isabel deseando estimular á su marido con su modestia.

—¿Pero qué? replicó Solares en un arranque de desprendimiento eminentemente nacional; ya me vas á decir que no tenemos camisas, que faltan sábanas, y qué sé yo cuántas cosas: todo eso está muy puesto en

razón, pero yo tengo muchos deseos de que te diviertas y de que el día de tu santo, Isabel, se venga abajo la casa.

—Es muy justo, dijo Tostado, tanto más cuanto tenemos un negocio que nos va á dejar.....

—Lo que todos, dijo Isabel, no hay día de Dios que no vengan ustedes con la cabeza llena de cálculos y al fin de todo no pasamos de morirnos de hambre.

—Pero ya eso pertenece á la historia antigua, exclamó Solares con el aplomo de una persona que se acaba de sacar la lotería: en esta vez sí, efectivamente se acabarán nuestras desgracias, y ya verás, ya verás.

Esta determinación madurada al calor del café con aguardiente, empezó á tomar las proporciones de un proyecto inmediato y realizable; y como Cisneros, el mas tímido de aquellos tres personajes, hiciera presentes sus escrúpulos, se hizo necesario tomarlos en consideración y acordar definitivamente lo que sigue:

Primero, que Isabel se celebrará á toda costa.

Segundo, que para más asegurar el negocio de don Santiago, se pusieran en juego ciertos arbitrios extraordinarios, á fin de no exponerse á hacer un *fiasco*.

Esta segunda parte del programa, era de tan difícil ejecución como la primera, y en este punto importante fué donde se concentró todo el talento de aquellos tres buenos amigos.

—Supuesto que, dijo Cisneros, ese señor don Santiago tiene tan buen corazón, ese es el lado flaco, por ahí es por donde debemos tomarlo, por que, vean ustedes, yo soy un hombre experimentado y conozco á mi gente: á cada cual por donde le duela; y supuesto que este señor es tierno, no hay recurso mas seguro que enternecerlo.

—Dicen que tiene un hijo á quien quiere mucho, agregó Tostado.

—Efectivamente dijo Solares.

—¿Y cómo se llama ese niño? preguntó Cisneros.

—Gabriel.

—¿Está en algún colegio?

—En estos momentos acaba de ser arrojado ese niño de un establecimiento.

—¿Cómo?

—Sí, y parece que el negocio no es muy sencillo, pues entre los niños circuló la especie de que el tal niño es hijo de un ladrón.

—¿Don Santiago es ladrón?

—No, compadre, dijo Solares, porque don Santiago no es más que el padre adoptivo de ese niño.

—Magnífico, exclamó Cisneros, ya tenemos la clave; ya está explicado el cariño de don Santiago á su hijo, y el interés que se toma por él.

—¿Cómo se explica?

—Muy sencillamente, el dinero que tiene don Santiago no es suyo, sinó del niño, mejor dicho del padre, quiere decir del ladrón; y siendo este dinero mal habido, nosotros, que somos hombres honrados, no debemos tener escrúpulos en procurarnos ese dinero.

—Porque dice el refrán, agregó Tostado, que ladrón que roba á ladrón tiene cien años de perdón.

—¡Estupendo! exclamó Solares dando una palmada en la mesa, me dejan ustedes completamente tranquilo con respecto á escrúpulos de conciencia. Ahora, el quid está en saber qué medios es necesario emplear para no dejarle á don Santiago ninguna salida.

—Veamos cuál es el negocio, dijo Tostado.

—Son varios, contestó Solares; pero el principal es éste: una persona bien acomodada y de recursos suficientes necesita dinero, porque se le cumplen unos pagarés, y pide dos mil pesos á pagarlos en ocho mensualidades.

—¿Aceptando libranzas?

—Sí, eso por supuesto.

—¿Jira ó acepta?

—Jira.

—¿Y acepta?

—¡Ah! la firma del aceptante es magnífica, es una casa de comercio.

—Pues el negocio me parece bueno, dijo Cisneros.

—Ya se ve que lo es, pero don Santiago es muy desconfiado.

—Es natural, agregó Tostado, todo dinero mal habido, está muy expuesto á irse por donde vino.

—Naturalmente, dijo Solares.

—¿Quién es la persona interesada en el negocio? ¿se puede saber, compadre? preguntó Tostado.

—Usted la conoce perfectamente, es doña Estefanía.

—¡Doña Estefanía! dijeron á un tiempo Tostado y Cisneros.

—¡Doña Estefanía! repitió Cisneros, el negocio es hecho: lo garantizo.

—¿Cómo? preguntó Solares.

—Es muy sencillo, ¿la señora ha visto á don Santiago?

—No.

—Don Santiago ha visto á la señora?

—Tampoco.

—¡Bravísimo! Esta tarde me voy á ver

á doña Estefanía, mientras usted le anuncia á don Santiago que recibirá en la noche la visita de la persona interesada en el negocio.

—Excelente idea, exclamó Tostado, doña Estefanía me parece lo mas apropiado para voltearle los cascos al mas pintado.

—Pues al avío, compadre, exclamó Solares en el colmo del entusiasmo.

—Al avío, repitió Tostado, agotando de un sorbo el café.

También Cisneros y Solares lo apuraron, y aquellos tres personajes se separaron de la mesa para poner su proyecto en ejecución, sin pérdida de tiempo.

